



AMÍLCAR BERNAL CALDERÓN

INGENIERO MECÁNICO NACIDO EN IBAGUÉ, EN 1950. RECONOCIMIENTOS OBTENIDOS: PRIMER PREMIO DEL CONCURSO NACIONAL DE POESÍA CIUDAD DE CHIQUINQUIRÁ, 1999; FINALISTA EN LOS PREMIOS NACIONALES DEL MINISTERIO DE CULTURA, 1998 Y 2001, Y MENCIÓN EN EL CONCURSO INTERNACIONAL DE CUENTO “ENCUENTRO DE DOS MUNDOS”, EN FERNEY VOLTAIRE, FRANCIA. PUBLICÓ EL LIBRO DE POESÍA *SOLOS DE RETRUÉCANO*, ASÍ COMO ALGUNOS CUENTOS Y POEMAS EN REVISTAS Y PERIÓDICOS DE BOGOTÁ, Y EN VARIAS REVISTAS ELECTRÓNICAS EN INTERNET. LOS POEMAS INCLUIDOS EN ESTA EDICIÓN FORMAN PARTE DEL LIBRO *LA SAL DE LOS HOTELES*, QUE OBTUVO EL SEGUNDO PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA MIGUEL DE CERVANTES, 2001.





Uno queda, no más

Uno decide en cual portal se apea.
Va al galope de cosas que comprende,
mira el violeta de la tul,
la frente
erguida contra el sol de las edades.
Se acerca el sol, la duda,
uno respira
cada vez menos desde un seno blanco.

Se estrella contra el odio
sin conocer aun los pasos falsos.
Calla
no sabe de la acción y el resultado.
Guarda
sin saber inventarios en el cuerpo.

Se trata de tomar:
el rumbo cierto.

Un día
se despierta varón o perro blanco
bastón de ciego pájaro incendiado
pez de vitrina o buceador de fondo,
y debe uno pagar por lo aprendido
a trueque, con promesas alquiladas.

Pasan pestes
y quien queda resume a los que han muerto,
la forma de llorar
o cierto perfil hondo, la mirada
que tuvo el que partió.

Se reconoce
por la voz encharcada, parecida
al túnel lacrimal de muchas voces
tapadas por la loza.

Uno queda,
no más,
el resto es algo
que miden los relojes.





Forasterías

Prescindamos del nombre. Hay una esquina
de palma abierta y dedos son las rutas
posibles para el vuelo que agoniza.

Estoy. Nazco y suspiro.

En la maleta
letras de orientación y cardinales
sospechas de futuro.
Tengo también recuerdos
de otra ciudad y calles polvorientas
(como el recuerdo mismo)
y otra por donde anduvo quien no he sido.
Placas. Casas de referencia y color verde
con ventanas abiertas a una niña
desnuda en el balcón.
Una tienda de ropa que vomita
colores a los ojos,
el parque principal y un cielo cauto
que mira con sus ojos azulados,
las cicatrices
de los tubos de gas y el deterioro
del tiempo en el andén.
Hay unos años de temor perdidos
entre el aliento de las despedidas
del pueblo que dejé. Me corresponde
bautizar la ciudad de bienvenidas
y calles a destajo,
decir, señora, dónde queda el hotel,
y un ciudadano me sube al carrusel como quien sube
espuma de cerveza;



traigo noticias
de terca amputación y desahucios
a punto de marchar a su nostalgia.
Soy de pueblos y pueblos desterrado
y debo ser quien cambia,
yo quien muda, no el viaje ni su espera,
nazco de nuevo en mar o continente
y casas de fachada indiferente
me cortan el ombligo,
cauterizan con odio
mis primeras heridas.
De noche la ciudad de rostro nuevo
(sin nombre por ahora)
aún no se decide a mi destino
de oscuro precursor.
Soy nadie aún
Y otra vez he de ser lo que el milagro
del nómada, que instala su cimiento
y cesa de vagar, deja entrever de sí:
la leve causa
del próximo periplo. Ya estoy en la ciudad
nadie me ha visto. Puedo matar sin deudos esta calle
y esta calle sin mí gastar su historia
de líneas amarillas y señales
de tráfico seguro. No soy aún su croquis,
soy ninguno. Espero en la estación, nadie reclama
el fardo a nombre mío,
me toca penetrar
al río de los autos, prescindamos del nombre,
poco importa.